

**Manual Ciudadano  
ASONOG  
Ética y Valores**



## MERCURIO Y EL LEÑADOR

Un leñador estaba cortando árboles a orillas del río cuando, de pronto, el hacha se resbaló de sus manos y cayó al agua.

No pudo rescatarla porque se hundió inmediatamente y cayó en el fondo.

El leñador se sentó en la orilla y lloró amargamente la pérdida de su herramienta.

Sucede que aquel río era el dominio del dios Mercurio quien, al oír sus lamentos, salió a la superficie para averiguar el motivo de su pena.

Enterado, Mercurio se sumergió en el profundo río y, en instantes, reapareció con un hacha de oro puro.

-¿Es ésta la tuya? - preguntó.

-La mía no era de oro - dijo el leñador.

El dios volvió a sumergirse y reapareció con un hacha de plata.

-¿Es ésta?

-No señor, no es la mía.

Por tercera vez se hundió en las aguas y volvió a la superficie con el hacha que el leñador había perdido.

-¡Gracias, señor! Esa es mi herramienta.

A Mercurio le conmovió tanto la honestidad del hombre que, en premio, le regaló también el hacha de plata y la de oro.

El leñador fue a reunirse con sus compañeros y les contó el extraordinario suceso. Uno de ellos entonces decidió hacer lo mismo, esperando tener idéntica suerte.

Fue al bosque y empuñó el hacha pero, en vez de hundirla en el tronco, la dejó caer en el río con toda intención.

Instantes después, de las aguas surgió Mercurio con

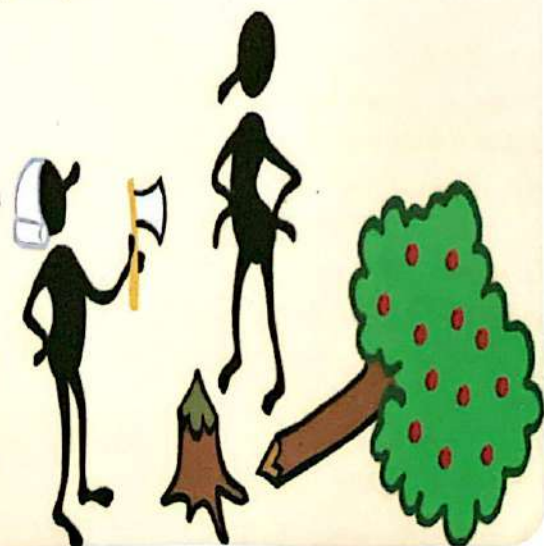
una magnífica hacha de oro.

-¿Es la tuya? - preguntó.

-¡Sí, sí, démela! - respondió el leñador con impaciencia.

Tendió la mano para apoderarse del tesoro pero Mercurio, en castigo por su deshonestidad, no le dejó tocarla. Y tampoco le devolvió la herramienta que había arrojado al río.

Tarde o temprano, de una forma u otra, los deshonestos pierden. Tarde o temprano, de una forma u otra, la honestidad recibe su premio.



## EL PLATO DE MADERA

¡Pobre abuelo! Había pasado la vida trabajando de sol a sol con sus manos; la fatiga nunca había vencido la voluntad de llevar comida a la casa y bienestar a la familia. Pero tanto trabajo se había cobrado un doloroso cargo: las manos del anciano temblaban como las hojas bajo el viento de otoño. A pesar de sus esfuerzos a menudo los objetos se le caían de las manos y muchas veces se rompían al dar con el suelo.

Durante las comidas, no podía llevar la cuchara a la boca y contenido se derramaba sobre el mantel. Para evitar tal molestia, procuraba acercarse el plato, y éste solía terminar roto en pedazos sobre las baldosas del comedor. Y así un día tras otro.

Su yerno, muy modesto por los temblores

del abuelo, tomó una decisión que contrarió a toda la familia: desde aquel día, el abuelo comería apartado de la mesa familiar y usaría un plato de madera; así, ni mancharía los manteles ni rompería la vajilla.

El abuelo movía suavemente la cabeza con resignación, y de vez en cuando enjuagaba unas lágrimas que les resbalaban por las mejillas; pues era muy



duro aceptar aquella humillación.

Pasaron unas semanas

y una tarde, cuando el yerno volvió a su casa, encontró a su hijo de nueve años enfrascado en una misteriosa tarea: el niño trabajaba un pedazo de madera con un cuchillo de cocina. El padre lleno de curiosidad, le dijo:

-¿Qué estás haciendo, con tanta seriedad? ¿Es una manualidad que te dejaron de tarea en la escuela?

-No, papá-respondió el niño.

-Entonces, ¿de qué se trata? ¿No me lo puedes explicar?

-Claro que sí, papá. Estoy haciendo un plato de madera para cuando seas viejo y las manos te tiemblen.

Y así fue como el hombre aprendió la lección y, desde entonces, el an-

ciano volvió a sentarse a la mesa como toda la familia.

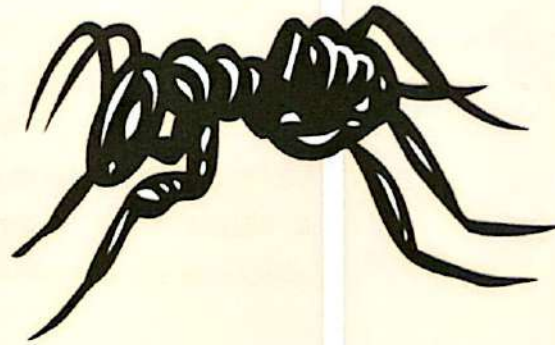
## LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Era un día de verano y una hormiga caminaba por el campo recogiendo granos de trigo y otros



cereales para tener algo que comer durante el invierno. Una ci-

garra la vio y se sorprendió de que fuese tan laboriosa y de que trabajara cuando los demás animales,



sin fatigarse, descansaban. La hormiga de momento no dijo nada; pero, cuando llegó el invierno y la lluvia deshizo el heno, la cigarra hambrienta, fue al encuentro de la hormiga para pe-

dirle que le diera de su comida. Entonces ella le respondió: "Cigarra, si hubieras trabajado en-

tonces, cuando yo me afanaba y tu me criticabas, ahora no te faltaría comida." Asimismo, cada uno debe aprender a responder de su propia conducta.

## EL VIAJERO Y LA DIOSA CASUALIDAD

Un viajero que había recorrido un largo camino y estaba rendido de fatiga se tendió al lado de un pozo y se quedó dormido. Estaba a punto de caerse dentro del pozo cuando se le acercó la Diosa Casualidad, lo despertó y le dijo: "¡Cuidado, amigo

mío! Si te hubieras caído, no lo habrías atribuido a tu poco juicio, sino a mí, que soy la Casualidad, y hubieras dicho que había sido un accidente."

Del mismo modo, mucha gente que es desafortunada por su propia culpa acusa a los demás de sus des-

agracias.



## EL AVARO

Un hombre avaro había vendido todos sus bienes para comprarse un lingote de oro, y habiéndolo enterrado al pie de un muro, no cesaba de ir allí para vigilarlo. Uno de los trabajadores de los alrededores se dio cuenta de las idas y venidas del hombre avaro, y

cuando éste no estaba, se llevó el oro.

El avaro volvió y, al encontrar el escondite vacío, se puso a llorar y a arrancarse los cabellos. Al verlo tan afligido, un hombre le preguntó que le ocurría, y le dijo:

-¡No te desespere, amigo! Toma una piedra, ponla en este agujero e imagínate

que es el oro. Será lo mismo porque cuando estaba, ino lo usabas para nada!

Esto nos enseña que la posesión de bienes no es nada, si no los usamos debidamente. Además quiere decir que con sólo pedir perdón no se solucionan las injusticias.

## EL LEÓN Y EL RATÓN

Un león dormía tranquilamente, cuando un ratón empezó a jugar encima de su cuerpo. El león se despertó y rápidamente atrapó al ratón; quien a punto de ser devorado le pidió al león que lo perdonara, prometiéndole pagarle cumplidamente llegado el momento oportuno. El león echó a reír y lo dejó marchar. Pocos días después unos cazadores

apresaron al rey de la selva y lo ataron con una cuerda a un frondoso árbol. Pasó por ahí el ratoncillo, quien al oír los lamentos del león, corrió al lugar y royó la cuerda, dejándolo libre.

Ahora es bueno que sepas que en la adversidad los más poderosos tienen necesidad de los más débiles.

-- Días atrás -- le dijo --, te burlaste de mí pensando que nada podría hacer por ti en agradecimiento.



## EL ANCIANO Y LA ESTRELLA

Había una vez un venerable anciano que vivía en la cueva de una montaña. Durante todo el día no probaba ni un sorbo de agua; sólo al anochecer calmaba su sed. Cuando llegaba la noche veía resplandecer con un fulgor especial una estrella en el firmamento; eran Dios que aprobaba su moderación.

Cierta día un muchacho le pidió vivir con él y seguir su misma vida. El anciano lo aceptó. Al día siguiente ambos bajaron a buscar agua al riachuelo que surcaba el fondo del valle. El viejo ermitaño no bebió del agua cristalina; el muchacho tampoco porque quería imitarlo en todo.

Subieron la empinada cuesta; el calor era intenso y jadeaban de cansancio. El muchacho lo miraba con los labios resacos y sus ojos le pedían poder tomar por lo menos un sorbo de la jarra que llevaba en su hombro. Se sentaron en un recodo del camino para descansar.

El anciano pensaba: "Si yo no bebo, el muchacho no beberá tampoco; pero si yo bebo, esta noche no veré la estrella." ¡Qué mar de dudas tenía el corazón del anciano! Por fin al descansar de nuevo, el viejo compadecido de la sed del muchacho, tomó la jarra, se la acercó a los labios y bebió. ¡Cómo

brillaron los ojos del muchacho!

-¿Puedo beber yo también?

-Si muchacho. Yo he bebido, bebe tú también.

Al anochecer el anciano no se atrevía a levantar los ojos al cielo porque pensaba que Dios le ocultaría la estrella. Sin embargo, cuando, por fin, levantó la mirada vio que aquella noche en el firmamento no brillaba sólo una estrella, brillaban dos.



## LOS MÚSICOS DE BREMEN

Un labrador tenía un asno muy trabajador, que durante años había llevado, sin quejarse un montón de sacos de harina al molino. Llegó el día en que las patas ya no lo sostenían y el lomo le dijo basta. Entonces el dueño pensó matarlo. El asno se dio cuenta y huyó hacia la ciudad de Bremen, pensando que por ahí podría trabajar de músico.

Por el camino encontró un perro perdiguero que, postrado en el suelo, jadeaba cansado. -Pareces muy fatigado, amigo mío - dijo el asno.

-¡Ay de mí! Puesto que soy viejo y no sirvo para cazar, mi amo me quería matar. ¡Menos mal que he podido escaparme! Pero, ¿qué haré ahora?

-¿Sabes? - dijo el asno -ven conmigo a Bremen a ver si encontramos trabajo de músicos. Yo tocaré los timbales y tú la guitarra.

El perro se avino y siguieron junto el camino. No habían caminado mucho, cuando encontraron a un pobre gato hambriento.

-¿Qué te ocurre, Bigotes? - preguntó el asno.

-Me vuelvo viejo, y

prefiero estar a la vera del fuego que perseguir ratones. Mi dueña me quería ahogar. He podido huir, pero ¿Adónde iré ahora?

-Ven con nosotros. Eres un músico y de seguro te querrán en la banda de Bremen.

Al gato le gustó la idea y se unió a los otros dos. Algo más tarde, los tres fugitivos llegaron a una granja.



Encaramado sobre el portal, un gallo gritaba a voz en cuello.

-¿Qué te pasa gallo?

-Mañana es domingo, la dueña tiene invitados y le ha dicho a la cocinera que me eche a la olla; esta noche me quieren cortar el cuello.

-Mira, Cresta Roja, será mejor que vengas con nosotros. Vamos a Bremen, y con tu buena voz y nuestra banda nos haremos ricos.

-Me parece muy bien -dijo el gallo. Y, los cuatro hacia Bremen! Pero aquel día no pudieron llegar; les cayó la noche enci-

ma y decidieron pasarla en el bosque. El asno y el perro se acostaron bajo un árbol muy alto, al gato se subió a las ramas y el gallo se montó encima de su copa. Antes de dormirse, vio, a los lejos, una lucecita. Enseguida llamó a sus compañeros:

-¡Eh! No muy lejos debe haber una casa.

-Lo mejor que podemos hacer -dijo el asno -es ir a comprobarlo.



Todos se dirigieron hacia la lucecita pero cuando llegaron, vieron que era un escondrijo de ladrones. El asno, que era el más alto, se acercó a la ventana para echar una ojeada.

-¿Qué ves? -preguntó

el gallo.

-Veo una mesa con mucha comida y un montón de ladrones que se están hartando.

-¡Caramba! ¡Qué hambre! -dijo el gallo.

Y los cuatro animales empezaron a pensar la mejor manera de ahuyentar a los ladrones. Al fin, hallaron la solución: el asno puso las patas en el borde de la ventana, el perro se subió a su espalda, el gato se encaramó encima del perro y el gallo voló sobre la cabeza del gato. Entonces, se pusieron a cantar todos de una vez: el asno rebuznaba, el perro ladraba, el gato maullaba y el gallo cantaba. Y, de golpe, se lanzaron contra la ventana de la sala y causaron un enorme destrozo.

De un brinco, los ladrones, aterrizados se levantaron y huyeron corriendo hacia el bosque, pensando que era un fantasma. Los cuatro amigos se pusieron a la mesa y se hartaron a reventar. Cuando hubieron terminado, apagaron la luz y cada uno se buscó un lecho. El asno se tendió sobre el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato sobre el rescoldo del hogar y el gallo encima de una viga. A medianoche, el capitán de los ladrones, viendo que la casa estaba toda a oscuras y en paz, pensó que no debían haberse asustado tanto y mandó a uno



de la banda para ver lo que ocurría. El enviado entro en la cocina para encender la lumbre y, pensando que los ojos brillantes del gato eran brasas, acercó una cerilla. El felino, que no estaba para bromas, le arañó la cara. Asustado, retrocedió hacia la puerta, el perro se levantó y le clavó los dientes en la pierna. Al huir, se topó con el asno, que le propinó un par de patadas, mientras el gallo desde la viga, no paraba de gritar "kikiriki". El ladrón desconcertado, corrió hacia el bosque y advirtió al capitán:  
-En la casa hay una bruja que araña, un hombretón que me ha clavado una navaja en la pierna, un

monstruo negro que me ha atontado a golpes y un juez que grita: "¿Quién chilla aquí?"  
Al oír esto, los ladrones, aterrados, no volvieron jamás a la casa y los músicos de Bremen se encontraron tan bien allí que se quedaron. Y quien no lo quiera creer que lo vaya a ver.



## LA MOCHILA DE VÍCTOR

-Papá ven por favor. Mi mochila es demasiado pequeña; necesito un más grande.

-Pero, Víctor, hijo mío, ¿cómo es posible que la mochila de tu hermano mayor te sea demasiado pequeña?

-Mira, papá, ya la tengo llena y aún me quedan fuera la mitad de las cosas que necesito para ir a la escuela.

-Vamos a ver, Víctor, ¿en que orden has empezado a llenar la mochila?

-¿Cómo dices papá? ¿En qué orden? ¿Hay que poner las cosas en un orden?

El padre de Víctor le hizo vaciar la mochila. Lo que Víctor

había puesto eran cuadernos, lápices, reglas, libros y colores de cualquier forma que quedaban huecos sin llenar.

-Ahora vamos a vaciarla y vamos a poner todo de forma ordenada, Víctor.-le dijo su papá.

No vamos a contar cómo lo hicieron; todos lo podemos imaginar, y el resultado final es que hubo sitio para todo y aún sobró algo de espacio.

-Sólo se trataba de poner orden,

hijo.

A Víctor la pareció que, más que una cuestión de orden, era un milagro.

-¡Papá, eres un genio, de verdad, un genio!



## LA GALLINA QUE PONÍA HUEVOS DE ORO

Érase una vez un hombre muy piadoso a quien Dios premio con una gallina que ponía huevos de oro. Sin embargo, el hombre no fue bastante paciente para obtener provecho poco a poco, sino que, imaginándose que la gallina era

toda de oro por dentro, no le pensó ni un instante y la mató. Pero no sólo se equivocó en lo que había imaginado, sino que también perdió los huevos, pues el interior de la gallina era de carne. Del mismo modo los

ambiciosos e impacientes, por el deseo de obtener demasiado de prisa bienes mayores, pierden incluso los que ya tienen entre las manos.



## LA ZORRA CON EL VIENTRE HINCHADO

Una zorra que tenía hambre vio en el hueco de un árbol unos pedazos de carne y de pan que unos pastores habían dejado allí; se metió dentro y se los comió. Pero después, con el vientre hinchado, no pudo salir y gemía quejándose.

Otra zorra, que pasaba por aquel lugar, oyó sus gemidos y acercándose, le preguntó que había ocurrido.

Cuando supo el problema le dijo: "Pues ahora tienes que permanecer ahí hasta que vuelvas a estar como estabas

cuando entraste; sólo entonces podrás salir fácilmente."

La respuesta de la segunda zorra nos indica que, en muchos casos, hay que tener paciencia y esperar para que se solucionen nuestros problemas.

## EL VESTIDO NUEVO DEL EMPERADOR

En un lejano país, vivió hace muchos años un emperador que sólo pensaba en estrenar vestidos. Se cambiaba de ropa a todas horas y tenía un modelo para cada ocasión.

Los sastres de la ciudad se turnaban día y noche para cocer diferentes modelos. A diario visitaban el palacio comerciantes de todo el mundo para ofrecerle sus servicios.

Un día, dos granujas fueron recibidos por el emperador, porque hicieron correr la noticia de que poseían un tejido tan fino y extraordinario, que sólo lo podían ver



quienes eran dignos del cargo que ocupaban, y que era invisible para los tontos e ineptos.

El emperador quedó maravillado del hallazgo, pues pensó que así desmascararía a los necios de su reino y a los indignos de ocupar puestos importantes. Quiso que le confeccionaran un traje con esa maravillosa tela.

Los falsos tejedores pidieron anticipos en oro para comprar hilos y telares varias veces. El emperador se impacientaba, todo el reino conocía la noticia y estaban ansiosos

como él de ver la obra acabada.

Un día el emperador envió a su primer ministro, un hombre que gozaba de la completa confianza del emperador, a ver como iba el traje. No vio nada, pero se abstuvo de dar esa información al emperador para que no creyera que era tonto o incapaz de ocupar su cargo.

Días más tarde, el emperador se presentó en el taller de los tejedores y sastres. Cuando le enseñaban los pantalones, la camisa, la casaca, el chaleco...él no veía nada.

Pero pensó: quizás soy indigno de dirigir el pueblo que se me ha encomendado.

Por eso se calló, se miró en el espejo, caminó con gran porte como si fuera vestido con el mejor de los trajes, y premió de nuevo a los sastres.

El día elegido para el estreno de la maravillosa vestimenta fue el del aniversario de su subida al trono. Y así fue; la víspera del desfile y de la fiesta, hicieron creer al emperador que habían trabajado toda la noche: fingían sacar telas, enhebrar agujas sin hilo...y al amanecer anunciaron:

-El traje está a la disposición de Su Majestad.

Cuando el emperador entró en los talleres, los dos truhanes gesticulaban con las manos y hablaban sin parar de las virtudes de la vestimenta:

-¿Habéis visto tela más fina y preciosa en

unos pantalones? ¿Y esta casaca, Majestad, cargada de oro y piedras preciosas, pero ligera como una pluma?...Cuando os hayáis vestido-añadió uno de ellos- os sentiréis como si no llevaseis nada puesto.

-¡Ayudaremos a vestirse a Su Majestad!

-dijeron a coro. Desnudaron al emperador y fueron vistiéndolo con el traje que nadie veía.

Iniciado el desfile, el emperador y sus chambelanes, que hacían como si llevaran la cola de una larga capa, pretendían que el pueblo no sospechara que eran unos farsantes. Pero también el pueblo, temeroso, gritaba:

-¡Qué traje tan hermoso viste nuestro Emperador! ¡Qué bien le sienta!

Pero, de pronto, entre la multitud, se oyó un grito y unas fuertes risotadas:

-¡Si no lleva nada puesto! ¡Va desnudo! ¡El Emperador va desnudo!, ja, ja, ja....- gritaba un niño.

La criatura no paraba de gritar, y todos los ciudadanos se contagiaron, y sin miedo repitieron a gritos las palabras del niño.

El emperador se sintió engañado por los dos truhanes, pero no cambió el paso, ni se inmutó, siguió muy digno el desfile mientras iba pensando la forma de escarmentar a todos los que le habían seguido la farsa.

## EL PRÍNCIPE FELIZ

En lo alto de la ciudad se levantaba, sobre un pedestal, la estatua del Príncipe Feliz. Estaba toda ella recubierta de láminas de oro fino; sus ojos eran dos zafiros, y un enorme rubí esmeralda brillaba en la empuñadura de su espada.

-¡Qué estatua tan bella! ¡Parece un ángel! - decía la gente al pasar.

-¡Quién pudiera ser como el Príncipe Feliz!

En un atardecer de otoño, una golondrina emprendió un largo viaje hacia Egipto. Cuando se sintió agotada por el trayecto y el viento hostil, buscó cobijo en los pies de la estatua del Príncipe Feliz. Ape-

nas había conciliado el sueño, cuando sintió que una gruesa gota caía sobre sus alas.

-Es curioso, el cielo está lleno de estrellas y empieza a llover -pensó.

Otra gota y otra y otra. Ya se disponía a buscar cobijo en el alero de la casa más cercana, cuando levantó la vista y vio que los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas.

-¿Quién eres? ¿Y por qué lloras?

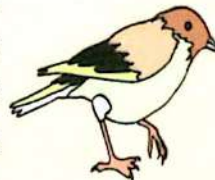
-Soy el Príncipe Feliz. Cuando vivía y tenía un corazón humano no conocía el dolor, porque los muros de mi palacio

no dejaban penetrar la miseria ni la desgracia. Ahora, me ha colocado tan alto que puedo contemplar todas las miserias de la ciudad. Aunque mi corazón es de plomo, no tengo más remedio que llorar todas las noches.

Detrás de aquella ventana abierta, una mujer cose afanosamente un vestido para una dama noble. El hijo de la pobre mujer está enfermo y

lo consume la fiebre. ¿Querías llevarle el rubí del puño de mi espada?

Aunque debía seguir su viaje, la golondrina accedió a quedarse aquella noche para cumplir con el encargo.



Arrancó el bellissimo rubí con su pico y voló por encima de la catedral y del palacio real lleno de luz y de música hasta llegar al barrio más humilde de la ciudad. Entró por la ventana abierta y dejó el rubí sobre el dedal de la modista. Antes de irse, batió sus alas sobre la cara del niño para darle frescor.

-¡qué raro ya no tengo tanto frío! - dijo la golondrina al regresar junto al Príncipe.

-Esto es porque has obrado bien -le respondió.

De madrugada, el Príncipe Feliz volvió a dirigirse a la golondrina:

-Golondrina, al otro lado de la ciudad hay un joven escritor que debe terminar una obra de encargo an-

tes del mediodía y está aterido de frío porque no tiene leña para encender la lumbre. Toma un zafiro de mis ojos y llévase-lo; el joven lo venderá a un joyero y podrá comprar combustible y terminar su obra.

Al día siguiente, cuando fue a despedirse, oyó la dulce voz del Príncipe Feliz que le susurraba:

-Golondrina, allí en la plaza hay una pobre vendedora de cerillas; todas se le han caído en el barro y no las podrá vender. Por favor toma el otro zafiro y llévaselo para que nos e muera de hambre.

Mientras sobrevolaba la ciudad, la golondrina se fijó en toda la miseria y dolor que poblaban las calles. A su regre-

so, se lo contó todo al Príncipe.

-Estoy cubierto de láminas de oro puro -le dijo éste -. Por favor arránqueme-las una por una y distribúyelas entre los necesitados.

La golondrina cumplió el deseo del Príncipe Feliz y la alegría llenó los hogares más humildes de la ciudad. Tantos días empleó en aquel generoso quehacer que las nevadas y los hielos cayeron sobre la ciudad. Aterida del

frío, se dirigió a los pies del Príncipe Feliz y le musitó en voz baja:

-¡Adiós,

amado Príncipe!

-Me alegra saber que por fin vas a Egipto.



-Me alegra saber que por fin vas a Egipto. Te agradezco este largo tiempo que has estado conmigo y la felicidad que has repartido por la ciudad - dijo el Príncipe Feliz.

-No voy a Egipto. Voy a morir dulcemente a tus pies.

A la mañana siguiente, cuando el alcalde de la ciudad, acompañado de sus consejeros, pasó por delante de la estatua, la vio estropeada y ennegrecida, sin pie-

dras preciosas.

-Parece la estatua de un mendigo -gritó el alcalde -; la haré derribar y en su lugar levantaré una estatua en mi honor. Cuando los fundidores derretían la estatua, el capataz observó en voz alta: -¡Qué extraño! No hay modo de fundir este corazón de plomo.

Lo arrojó a la basura y allí se encontraron el corazón y la go-

londrina muerta.

Cuando Dios le ordenó a un ángel que le llevara las dos cosas más preciosas de la ciudad, éste le entregó el corazón y la golondrina, y Dios afirmó:

-Has elegido perfectamente, porque en los jardines de mi paraíso este pájaro y el Príncipe vivirán felices para siempre.

## Agradecimientos

Mediante esta cartilla se pretende fomentar la enseñanza de valores, sobretudo aquellos destinados a producir buenos ciudadanos, comprometidos con el desarrollo de sus comunidades, con la finalidad de promover la transparencia, mejorar la gobernabilidad y combatir la pobreza, Por ello ASONOG agradece a ...por hacer posible esta publicación.

**ASONOG**  
Programa de participación Ciudadana  
Santa Rosa de Copán.



Teléfono: 662 26 26 Fax:  
Correo: [ppcasonog@yahoo.com.mx](mailto:ppcasonog@yahoo.com.mx)

**Coordinación General:** Programa de Participación Ciudadana, ASONOG  
**Texto e Ilustración:** Evelyn Hernández  
**Diagramación e impresión:** Guadabarranco.

Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

### Appendix



Faint, illegible text in the middle-right section of the page, likely bleed-through from the reverse side.

Faint, illegible text at the bottom-left of the page, possibly bleed-through from the reverse side.